



# 9° Symposium international de Joséphologie

à Kevelaer du 25.09 au 2.10.2005

Conférence en espagnol du  
R.P. José de Jesus Maria, ocd  
de Valladolid, Espagne

[valladolid@ocdcastilla.org](mailto:valladolid@ocdcastilla.org)

<http://www.centrojosefino.com>

*"La devocion a san José: reliquias y leyendas"*

\* \* \* \* \*

## LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ: RELIQUIAS Y LEYENDAS

*José de Jesús María, OCD*  
(Centro Josefino Español  
Valladolid)

La reflexión histórica sobre san José desvela que su presencia en la Iglesia se ha manifestado de acuerdo con el lenguaje (o con los silencios) de cada una de las épocas de su historia. El lenguaje, huelga advertirlo por lo sabido, tiene es la expresión de las mentalidades correspondientes a los tiempos en que se habla.

Esta advertencia previa, y tan elemental, no es sino una llamada de atención metodológica para decir que una cosa es la realidad histórica y otra su percepción, variable a tenor de las mentalidades. Percepción y mentalidades que hasta la Ilustración y sus exigencias críticas valoraban la invención, la fantasía y lo imaginado tanto como lo realmente acontecido, y no ocultaban su fascinación por lo prodigioso y lo inverosímil.

### LAS RELIQUIAS EN GENERAL: FERVORES Y CRITICAS

Esto fue lo ocurrido en general con las reliquias, tan presentes y actuantes en aquellos universos mentales sacralizados, sin barreras ni rupturas entre el cielo y la tierra, entre vivos y difuntos, entre la Iglesia triunfante y la peregrina. Y en estas cercanías, en el anhelo del contacto físico con lo santo, con lo sobrenatural, en los intereses por ganar indulgencias y en las esperanzas terapéuticas de la religiosidad no sólo popular, antes de la secularización, es donde hay que buscar la explicación al hambre de reliquias durante siglos. Y por este hambre, auténtica necesidad (hasta física a veces), se explica a su vez la búsqueda medieval y barroca de las reliquias en todas las categorías, a poder ser, claro está, de las insignes; que fuesen, las reliquias, uno de los productos presentes en las ferias, en los centros comerciales; que hubiese lugares distribuidores y redistribuidores de estos productos sacros; agentes especializados en su adquisición; y, por no seguir, que se diesen depósitos, es decir, relicarios riquísimos, tanto más ricos cuanto mejor dotados de indulgencias estuvieren, como acontecía en Wittenberg en los días de Lutero, en Colonia, siempre en Roma, en Oviedo y, ya en la Contrarreforma, en las iglesias jesuíticas. Trento reguló, o quiso regular, la devoción a las reliquias, más apetecidas y exhibidas después del concilio aunque sólo fuera como reacción ante las negaciones protestantes.

No podemos detenernos en consideraciones previas que serían interminables. Solamente queremos recordar que las reliquias de las épocas medieval y moderna (que son aquellas en las que nos fijaremos) suelen estar acompañadas por leyendas que las enriquecen, y que ambas cosas, reliquias y leyendas, no eran nada banal entonces, ni siquiera a pesar de que lo pintoresco de algunas reliquias y su inverosimilitud dieran materia más que sobrada a las críticas que por su falta de seriedad y de autenticidad se lanzaron siempre contra ellas por espíritus humanistas, reformadores e ilustrados. Estaban, éstos, impulsados por exigencias que no preocupaban demasiado a la mayoría inmensa, menos aún a quienes estaban orgullosos de sus tesoros y satisfechos con aquellas “auténticas” que no probaban más que el origen, el lugar de extracción de la pieza venerada.

Entre los críticos, uno de los más radicales e irónicos fue Calvino en su escrito expresamente dedicado a las reliquias, reprochables todas, decía, pero más aún las ridículas e inverosímiles, y entre éstas las caligas de san José que, en contraste con las gigantescas camisas de la Virgen María, “parecen haber sido las de un enano por lo pequeñas que son”<sup>1</sup>. Antes que él, Alonso de Valdés, más erasmista que Erasmo, colocaba entre sus invectivas con motivo del Saco de Roma los ataques a las reliquias, incluso a las “ciertas”, porque “son tropiezos para hacer al hombre idolatrar, y tráennoslas

---

<sup>1</sup> *Advertissement tres utile du grand proffit que reviendroit à la Chrestienté s'il se faisoit inventoire de tous les corps saints et reliques qui sont tant en Italie qu'en France, Allemagne, Hespaigne et autres royaumes et pays*, escrito en 1543 y con reimpressiones numerosas. Citamos por la edición moderna de Ginebra, 1921, p. 151.

tener en tanta veneración, que aún en Aquisgrano hay no sé qué calzas de San Joseph, no las muestran sino de cinco en cinco años, y va infinita gente a verlas por una cosa divina”<sup>2</sup>.

#### SAN JOSE, SIN RELIQUIAS SANTAS

Giovanni Grisostomo Trombelli, que en la segunda mitad del siglo XVIII escribía en latín sus grandes obras sobre la Virgen, sobre el culto de los santos (con muchos datos acerca de sus reliquias), también escribió, pero en italiano, una obra preciosa sobre san José en la que, junto al calor de la devoción, se dejan ver ya ciertos asomos de criterios ilustrados, de exigencias críticas, sobre todo cuando tiene que enfrentarse con las ensoñaciones apócrifas. En el capítulo correspondiente distingue entre reliquias *santas* en sí mismas (como serían las del cuerpo venerado) y las *santificadas* por el contacto con el cuerpo o por haberse relacionado directamente con él. En cuanto a las primeras, afirma con seguridad que “ninguna iglesia se precia de poseer el cuerpo entero, ni siquiera parte o partícula, aunque mínima, del cuerpo de san José, lo cual sirve de argumento para quienes enseñan que san José resucitó juntamente con Jesucristo y que después no volvió a morir”<sup>3</sup>.

La de la exaltación de san José en alma y cuerpo a los cielos fue una opinión compartida por teólogos numerosos<sup>4</sup>, y el argumentarla por la ausencia de reliquias corporales no parece haber sido un recurso excepcional. De hecho, mucho antes de Trombelli, y a propósito del fervor ardiente del rey Felipe II por las reliquias, de su “codicia” en buscarlas y de su “avaricia” en guardar las 7.422 piezas que había reunido su riquísimo y mimado relicario del Escorial, el historiador José de Sigüenza, admirado, confesaba: “de suerte que, por decirlo de una vez, no tenemos noticia de santo ninguno de que no haya aquí reliquia, excepto tres: san José, esposo único de la Virgen Nuestra Señora, san Juan Evangelista y Santiago el Mayor”. Y razonaba estas ausencias: la de Santiago el Mayor porque “se guarda todo entero en la iglesia propia de Compostela como patrón de España; los otros dos están más guardados, no sabemos dónde, mas yo creo que en el cielo”<sup>5</sup>.

No sé yo si el padre Sigüenza y quienes como él opinaban hubieran aducido el motivo de la resurrección y estancia corporal en el cielo para probar la inexistencia de reliquias, o esta carencia como prueba de la resurrección del Santo, de haber tenido noticias de otra remesa posterior a las de Felipe II. Fue la realizada por el duque de Lerma, valido del rey de España Felipe III. Cuando estuvo la corte en Valladolid (1601-1606) Lerma se había hecho con el patronato sobre la iglesia dominica de San Pablo. Entre los obsequios tan preciosos como hizo, el más rico, indudablemente, fue el opulento de reliquias llevadas de Europa con este fin. El agente, un agustino activo, fue el encargado de recaudarlas, y entre las muchas que consiguió en Roma, consta que iba también “un poco de la cabeza de San Joseph, esposo de la Virgen Nuestra Señora”<sup>6</sup>. Es una lástima que los desafueros cometidos con estos documentos en las desamortizaciones decimonónicas nos privaran no sólo de la mencionada reliquia sino también de la auténtica, que sería pintoresca, con los datos acerca de sus sitios de procedencia<sup>7</sup>.

Tampoco tuvo fortuna, por otra parte, la fantasiada historia de la reliquia que tenía que haber sido la más insigne, la del cuerpo entero nada menos, tal y como lo narraba Felipe de Meron en holandés y en un librito encantador sobre san José que escribía a finales del siglo XV. Según él, José murió cuando su hijo Jesús tenía diez y ocho años, y murió, con toda exactitud, el diez y nueve de

---

<sup>2</sup> Alfonso de VALDÉS, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, edic. Rosa Navarro Durán, Madrid, 1994, p. 202. Entre la bibliografía, inabarcable, sobre las reliquias, citamos solamente a José Luis Bouza Álvarez, *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del barroco*, Madrid, 1990.

<sup>3</sup> Giovan-Grisostomo TROMBELLI, *Vita e culto di S. Giuseppe, Sposo di Maria Vergine e padre putativo di Gesù Cristo salvatore nostro*, Bologna, 1767, p. 282-283.

<sup>4</sup> Véanse citados algunos en G.-G Trombelli, *o. c.*, p. 176.

<sup>5</sup> JOSÉ DE SIGÜENZA, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, edición con estudio preliminar de Francisco J. Campos y Fernández de Sevilla, II, Valladolid, 2000, pp. 668-669.

<sup>6</sup> Cfr. José RODRÍGUEZ DÍEZ, “Dos memorias escorialenses inéditas sobre reliquias del monasterio de San Pablo de Valladolid”, en *La Ciudad de Dios* 213 (2000), pp.485-528.

<sup>7</sup> Jesús María PALOMARES IBÁÑEZ, *El patronato del duque de Lerma sobre el convento de San Pablo de Valladolid*, Valladolid, 1970, pp. 76-78.

marzo (sic). Fue enterrado en Belén, lugar de su muerte, y el sepulcro se iría olvidando entre los betlemitas. Hasta que llegó santa Elena: ya había inventado la cruz, los instrumentos de la pasión del Señor, cuerpos de los apóstoles, cuando, siguiendo la pista e indicaciones facilitadas por un ángel, descubrió el cuerpo de san José que, por cierto, exhalaba aromas de santidad. Santa Elena dio el cuerpo milagroso a su hijo el emperador Constantino, quien lo depositó en Santa Sofía de Constantinopla. Su sepulcro fue honrado y esclarecido por milagros incontables<sup>8</sup>.

#### RELIQUIAS SANTIFICADAS

El propio Trombelli se plantea la necesidad de investigar si alguna iglesia posee reliquias josefinas de las que comúnmente se llaman *santificadas*. Según sus datos, las únicas de las que ha podido tener noticia son: “el anillo con el que dicen que se desposó con María, y por este motivo es llamado anillo nupcial o prónubo, el bastón con el que se ayudó y alguna prenda de vestir”<sup>9</sup>.

Aunque, como veremos, incompleto, es un buen elenco de las reliquias que la tradición y la devoción relacionan con san José y que se veneraban (alguna de las más importantes se sigue venerando) en diversos lugares de la Europa católica acompañadas de sus cordiales leyendas en la mayor parte de los casos. Algunas de ellas han sido objeto de investigaciones históricas serias; otras permanecen en el ámbito de la veneración transmitida, de la tradición escrita u oral pero huérfanas de estudios aclaradores.

Prescindamos de la Casa de Loreto, indudablemente la reliquia más expresiva por lo que a rentabilidades (se entiende que espirituales) y a leyendas se refiere. No obstante, este espacio singular en la piedad popular no tardó en reducirse a reliquia casi exclusivamente mariana sin demasiada relación con el hijo y con el esposo. A pesar de ello, sensibilidades como la de santa Teresita de Lisieux peregrina supieron percibir el ambiente josefino de la morada que según la tradición fuera santificada por la Sagrada Familia<sup>10</sup>.

#### *El anillo nupcial*

Desde la Edad Media los anillos de la boda de José y María ejercieron cierta fascinación en la religiosidad popular. La influencia de las narraciones apócrifas que se deleitaban en el milagro de la elección de José para esposo por una parte, la iconografía de los desposorios por otra, contribuyeron plásticamente a que la ceremonia de la boda, con anacronismos encantadores, divulgara la imagen de la imposición o entrega del anillo por san José a la esposa María virgen. Todo ello explica el hecho de que se conservaran y veneraran en lugares distintos cinco anillos nupciales al menos.

La primacía numérica la detentó u ostentó Francia, con cuatro de las cinco joyas devocionales. Dos monasterios benedictinos poseían sendas alianzas: el borgoñón de Semur-en-Auxois que, según la tradición, fue donado por el que fuera patrono o encomendero del monasterio, el conde Gérard del Rosellón, a mediados del siglo VIII. El otro, más tardío, pertenecía a la abadía de Anchin, y se contaba que había sido transportado por los cruzados y donado por benefactores civiles y eclesiásticos en el siglo XIII<sup>11</sup>.

Ya en el siglo XIV y comienzos del XV se veneraba en Notre Dame de Paris el par de anillos que se creía haber intercambiado los santos esposos en su boda. La fuente principal y señera que lo transmite es, nada menos, Jean Gerson, que esgrime en prosa y verso esta prenda para afianzar su constante petición de una fiesta con misa y oficio de los desposorios de José y María. Lo suplicaba al poderoso e influyente duque de Berry en 1413 poniéndole de relieve el gran servicio religioso que prestaría estableciendo y apoyando la fiesta (que habría que colocar en tiempo litúrgico de Navidad)

---

<sup>8</sup> Estudios del librito de Filip van MERON, *Die historie van den reiligen Patriarca Joseph*, en T. BOSQUET, “Philippe van Meron, O.F.M., et l’Histoire de Saint Joseph”, en *Estudios Josefinos* 25 (1971), pp. 497-528.

<sup>9</sup> *O. c.*, p. 283.

<sup>10</sup> JOSE DE JESUS MARIA, *Présence de saint Joseph chez Thérèse de Lisieux*, Montréal, 1999.

<sup>11</sup> Joseph SEITZ, *Die Verehrung des hl. Joseph in ihrer geschichtlichen Entwicklung bis zum Konzil von Trient dargestellt*, Freiburg im Br., 1908, pp. 185-189.

del “virginal matrimonio de San José y Nuestra Señora y el rezo del oficio” que él mismo había compuesto, y, además, todo ello en la iglesia de Notre Dame de Paris, “donde están los anillos del desposorio de la Virgen”<sup>12</sup>. Lo mismo reclama en el poema de la *Josefina* después de aludir, como en la carta anterior, a la fundación que de la fiesta de los desposorios se mandaba en el testamento del canónigo de Chartres:

Miro Parisiis templum molimine structum  
Annulus est illic duplex, cui gemmula duplex  
Auro conseritur tenui, quos, Virgo, ferunt te  
Cum digitis aptasse tuis, est adhibita zonae  
Incertum tibi vir si tradidit ista subarrhans<sup>13</sup>.

No todos en conjunto, ni ninguno de los anillos franceses en particular, pudieron competir con el realmente afortunado, el que se conserva aún y se venera en la capilla propia de la catedral de San Lorenzo de Perugia. Puede decirse, incluso, que es la reliquia josefina por excelencia, la más enriquecida de gracias espirituales, con indulgencias; la más rica también en leyendas y en bibliografía de todos los talantes, desde la más crédula a la más crítica y rigurosa; la vigente aún y animadora de acontecimientos culturales y festivos con motivo de la exposición pública y ritual del anillo nupcial.

Sus orígenes son oscuros a más no poder, algo frecuente e incluso incitante en devociones populares. Para ser más exactos, habría que decir que no se conocen los orígenes del santo anillo, lo que sitúa a la reliquia en el ámbito de la fantasía, de la imaginación, y, como veremos, del juego lejano de claros intereses político y religiosos. La leyenda, posterior, explica la llegada del santo anillo a Chiusi, su primera localización, en el siglo III gracias a la mártir santa Mustiola, patrona de Chiusi y que había recibido el santo obsequio de su marido, también mártir.

La otra versión, no más verosímil ni probable que la anterior, habla de la presencia de la reliquia nupcial en Chiusi ya a principios del siglo XI. Un joyero local, Rainerio o Ainero, la había recibido en Roma de un judío, con el ruego de que la venerase como merecía, condición que no cumplió Rainerio con aquella joya, que dejó semiolvidada en la iglesia de Santa Mustiola. Hasta que a eso de los diez años, el hijo (además único) de Rainerio murió y fue conducido a la iglesia de Santa Mustiola. Allí, estando en el túmulo, resucitó para reprochar públicamente al padre su pecado de descuido, y, tras haber recibido la seguridad de reparación de la culpa, murió otra vez tan plácidamente. Y comenzaron los milagros, ya en aquella misma ocasión con un repique de campanas sin que nadie las tañera. Siguió con castigos a alguien que no respetó al santo anillo y, según narran los cronistas de Chiusi conducidos por la fantasía, se multiplicaron sin cesar en lo sucesivo<sup>14</sup>.

La fama de los milagros despertó las rivalidades. Y a mediados del siglo XIV, con la excusa de que la iglesia de Santa Mustiola, extramuros y regida por canónigos regulares, resultaba insegura para tal tesoro, la reliquia se depositó en la catedral. Fue una decisión de la autoridad civil, y los pleitos que se siguieron entre los canónigos de ambas iglesias condujeron a que la autoridad eclesiástica, el obispo de Chiusi, decidiera que el santo anillo fuera depositado en una iglesia neutral: la urbana de los pobres franciscanos conventuales.

Allí estaba, cuando se hizo presente otro de los elementos habituales en la historia y en el tráfico de las reliquias: el hurto sacro, revestido casi siempre con ropajes de intervenciones sobrenaturales para justificar la nueva propiedad<sup>15</sup>. En el caso del santo anillo es posible que actuaran también rivalidades entre los poderes civiles y los eclesiásticos. Lo cierto fue que uno de los frailes del

---

<sup>12</sup> Carta de Gerson al Duque de Berry, 23 nov. 1413, en Jean GERSON, *Oeuvres complètes*, ed. por Mgr. GLORIEUX, vol. II, *L'oeuvre épistolaire*, Paris, 1960, p. 156. Contexto del significativo document gersoniano : Max LIEBERMAN, « Lettre de Gerson au duc de Berry », en *Cahiers de Joséphologie* 9(1961), pp. 199-265.

<sup>13</sup> Jean GERSON, *o. y e. cc.*, vol. IV, *L'oeuvre poétique*, Paris, 1967. Cfr. Max LIEBERMAN, « Henri Chicot et le culte de saint Joseph », en *Estudios Josefinos* 25 (1971), pp. 409-413.

<sup>14</sup> Amleto SPICCIANI, “La leyenda del santo anillo di Ciusi”, en *Bolletino Senese ddi Storia Patria* 100 (1993) 82-106.

<sup>15</sup> A este respecto, y a pesar de algunas actualizaciones, sigue siendo muy válido el libro de Patrick J. GEARY, *Furta sacra. Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, 1978.

convento de San Francisco, se dijo que llamado fray Winter, de Maguncia, sustrajo la reliquia. Lo que ya no es tan seguro es discernir si, tal y como confesaría el fraile, la robó con el objetivo de llevarla a su tierra alemana o, comprado por las autoridades perusinas que se lo pagaron con generosidad, llana y sencillamente para entregar el tesoro tan rentable a la ciudad de Perugia. La justificación se fabricaría por parte de la ciudad con la tradición de que cuando el fraile ladrón se encaminaba hacia Alemania, justo allí, junto a Perugia, le sorprendió una niebla tan densa y tan duradera, que le impidió progresar, y por ello, y por inspiración divina, se vio obligado a entregar la preciosa prenda al gobierno urbano de la ciudad. Por supuesto, el común de Perugia lo acogió gozosamente y lo encerró en arca fortísimo y con muchas llaves. Y se depositó en la catedral de San Lorenzo.

Como era de esperar, las dos ciudades se enzarzaron en una guerra que no se limitaba a la confrontación legal sino que llegaba también a expresiones más violentas. Sixto IV, a quien recurrieron desde Chiusi y desde su defensora Siena, decidió contra Perugia; pero el sucesor, Inocencio VIII, que necesitaba ganarse el favor de la ciudad, dirimió el conflicto a favor de Perugia. Para celebrarlo, en 1487 predicó un encendido apóstol de san José, el franciscano fray Bernardino de Feltre<sup>16</sup>. Fueron tan arrebatadas y fundadas sus palabras, que animó a las autoridades a honrar la milagrosa reliquia con la edificación de una capilla dedicada al santo anillo prónubo, como en realidad se hizo, y a fundar lo que sería el alma alentadora del culto y de la veneración: la Cofradía del Santo Anillo<sup>17</sup>. Capilla propia en la catedral, cofradía responsable, interés del municipio, todo ello ha influido de manera decisiva en la devoción a una reliquia simpática, no cabe duda.

No obstante, a pesar de estos factores, a los que hay que añadir el del atractivo turístico de las fiestas en la actualidad, en tiempos anteriores a los contemporáneos se necesitaba también, y sobre todo, para la popularidad la oferta de ganancias espirituales y los milagros. En cuanto a las indulgencias, de las que disfrutaban los cofrades, para ganarlas estaban los tres días de exposición, cuando se sacaba el santo anillo de su arca fuerte y se mostraba al público.

Y por lo que se refiere a los milagros, las crónicas y los escritos apologéticos dan buena cuenta tanto de los prodigios atribuidos a la mediación de la reliquia como a su fama de proteger a las esposas embarazadas, a las familias en cualquier necesidad. Favores que podrían obtener no sólo a los peregrinos a su capilla sino también quienes disfrutasen de alguna copia (que solía ser también de piedra) del santo anillo de Perugia<sup>18</sup>.

La veracidad de la reliquia sería cuestionada, naturalmente, además de por las exigencias religiosas de elite, por los críticos, desde que en el siglo XVII la historiografía se hiciera más rigurosa y aventurase los criterios de autenticidad característicos de los ilustrados del siglo XVIII. La verdad es que los Bolandistas, tan rigurosos con las leyendas carmelitanas y las historias proféticas, se muestran mucho más suaves con el santo anillo<sup>19</sup>. Toda la enemiga de los protestantes hacia devociones como ésta las concentra y esgrime Andreas Rivet en el santo anillo y en su interesante “Apología mariana” (1639)<sup>20</sup> con tanta dureza, que hasta el comprensivo Benedicto XIV se vería obligado a matizar sus

---

<sup>16</sup> Beda BURKEY, “The Feast of St. Joseph: a Franciscan Bequest”, en *Estudios Josefinos* 25 (1971), p. 652; Pedro de Alcántara MARTÍNEZ, “Teología josefina de la predicación franciscana italiana del siglo XV”, en *Estudios Josefinos* 29 (1975), pp. 195-200; ID., “Dos sermones inéditos sobre san José del beato Bernardino de Feltre”, en *Archivum Franciscanum Historicum* 71 (1978), pp. 65-111.

<sup>17</sup> Giovanna CASAGRANDE, “Devozione e municipalità. La Compagnia del S. Anello. San Giuseppe di Perugia (1487-1542)”, en *Le mouvement confraternel au Moyen Age. France-Italie-Suisse*, Roma, 1987, pp. 155-183; ID., «Descrizione della matricola prima della Compagnia del S. Anello di Perugia (1487-1542)», en *Analphabetismo e cultura scrittta. Notizie* (marzo, 1980), pp. 18-20; A. Bartoli LANGELI, “Cultura grafiche e competenze testuali nel Quattrocento italiano. La prima matricola della confraterniza del S. Anello di Perugia, 1487-1542”, en *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Perugia* 18(1980-1981), pp. 75-87.

<sup>18</sup> Cfr. Angelo BATTISTON, “Los desposorios de san José en el culto, en el arte y en las fiestas y costumbres del pueblo italiano”, en *Estudios Josefinos* 9(1955), pp. 60-85. Entre las versiones clásicas y apologéticas, la más conocida es la de Giovanni Battista LAURI, *De annulo prónubo Deiparae Virginia, qui Perusiae religiosissime adservatur commentarius*, Romae, 1622, con bastantes impresiones posteriores y vulgarizado también en resumen italiano (Roma y Perugia). Cfr. además Adamo ROSSI, *L'annulo spozalizio di Maria Vergine che si venera nella cattedrale di Perugia*, Perugia, 1857.

<sup>19</sup> *Acta Sanctorum martii*, III, Antuerpiae, 1667, pp. 15-17.

<sup>20</sup> Andres RIVETUS, *Apología pro Sanctissima Virgine Maria matre Dei Domini adversus veteres et novos anticodimarianitas, coollyridianos et christianocategoros*, Lyon, 1639.

clamores. Con este motivo, el cardenal Lambertini un principio muy válido de hermenéutica historiográfica: “en estas cosas no hay que reclamar más que la probabilidad ni de este anillo hay que aseverar nada de manera firmísima sino, y solamente, creer piadosamente lo que es tradición”.

La crítica sensata llegaría precisamente de este papa ilustrado<sup>21</sup>. Al tratar de las fiestas marianas, concretamente y en primer lugar de la de los *Desposorios de la Virgen con san José* (23 de enero), termina hablando de la reliquia del santo anillo. Alude a los que la atacan y también a los excesivamente crédulos, como acabamos de ver, y manifiesta su punto de vista: “Pero nosotros, con la debida veneración hacia esta reliquia, advertimos con la mejor voluntad a quienes lean esas cosas que no se crean que por las actas de Sixto IV y de Inocencio VIII la Sede Apostólica ha juzgado como genuino este anillo santo. Porque ambos pontífices trataban solamente de si el anillo sagrado debía adjudicarse al pueblo de Chiusi o al de Perugia; y a pesar de que en aquel juicio se presumía la verdad del anillo, ¿quién hay que ignore que una cosa es presumir y otra el definir y declarar?”<sup>22</sup>.

La devoción y la leyenda, la capacidad de penetración de los sermones antaño, de artes como el teatro hoy, o del turismo, han popularizado esta reliquia, mimada por la ciudad que la posee. Por si fuera poco, la iconografía, concretamente la pintura, y la pintura de maestros de primer orden, ha sido otro factor de propaganda del santo anillo. Nos referimos al cuadro de los Desposorios, la tabla encargada por los magistrados y oligarquías urbanas de Perugia nada más recibir el refrendo pontificio de la reliquia en su posesión (1486). Después de avatares diversos, fue el maestro Perugino quien lo pintó, y en la capilla del santo anillo permanecería desde 1504 hasta que los franceses en 1797 lo expoliaron y lo llevaran a Francia (hoy se encuentra el cuadro en Caen). Tanto los Desposorios de Perugino como los coetáneos de su discípulo Rafael de Urbino, sitúan en el centro de la escena nupcial la entrega del anillo de José a María.

#### *La vara de José y el carmelita Agabo*

Como reliquia histórica, es decir del pasado, hay que recordar el *bastón de san José*. Bastón, o vara, o báculo, puesto que el simbolismo de este atributo, convertido (como lirio, a veces como azucena de virginidad) en signo de identidad iconográfica del Santo, lo mismo se refiere al báculo de su antigua y apócrifa vejez, al bastón de caminante hacia Egipto que a la vara también apócrifa y milagrosamente florecida. Su historia es más complicada que la del anillo aunque sólo sea porque se conservaban varios bastones y en diversos lugares. Ninguno, que sepamos, tiene el atractivo de Perugia, ni siquiera ha logrado mantener la veneración de los devotos.

Fue lo acontecido con los bastones que (al parecer) se conservaban antiguamente en las iglesias romanas de Santa Cecilia y de Santa Anastasia. Del primero se decía haber sido el báculo que ayudó al Santo en la huida a Egipto. Lo mismo pasó con el de Siena, propiedad de un célebre músico que obtuvo la reliquia, con su auténtica y todo, en una estancia en Inglaterra. Las mismas oscuridades hay en torno al otro que decía poseer una cofradía en Beauvais. Ninguno de ellos tuvo, de todas formas, una veneración llamativa.

De más fortuna, al menos bibliográfica, parece haber disfrutado el báculo o vara que tuvieron los camaldulenses en su monasterio de Santa María de los Ángeles de Florencia. Decían los dueños que la reliquia había sido entregada al general de la Camaldula por el patriarca de Constantinopla (o por el obispo Bessarion) cuando vino al concilio de Florencia en 1438. Se le atribuyeron milagros, y en el monasterio permaneció hasta que fue demolido en 1874. Después se perdió la memoria de aquella vara de san José. En cualquier caso, la devoción que se tuvo a esta reliquia de Florencia no debió de ser excesiva ni de lejos comparable con la profesada al santo anillo. El jesuita José Antonio Pastrignani, que escribía a principios del siglo XVIII uno de los libros más reimpresos, se entusiasma con la devoción que al santo Patriarca se profesaba Florencia, ciudad en la que escribía aquellas

---

<sup>21</sup> No es tan ilustrado, sin embargo, como deja sospechar el título del libro de Vincenzo CAVALLUCCI, *Historia critica del sagro anello col quale fu da San Gioseffo sposata Maria Vergine e che religiosamente si conserva nel duomo di Perugia*, Perugia, 1783.

<sup>22</sup> BENEDICTO XIV, *De festis Domini N. Jesuchristi et Beatae Mariae Virginia libri duo. Editio caeteris castigatior*, Madrid, 1778, pp. 355-356.

páginas: “No sé si habrá otra ciudad que pueda parangonarse con ésta en cuanto a afecto y veneración al amable esposo de María”. Pues bien, cuando trata de la reliquia florentina no dice más que la escueta noticia: “se conserva por los reverendos monjes de los Ángeles entre sus reliquias apreciadas”<sup>23</sup>. Nunca estuvo claro el origen oriental, y la autenticidad también se cuestionó como no podía ser menos<sup>24</sup>.

Sin embargo, y en contraste con la pobreza devocional posterior de la vara en cuanto reliquia, ha sido fecunda a más no poder como integrante imaginario de la hagiografía y de la iconografía de san José, y todo ello por obra y gracia y por la influencia tan desmesurada de los apócrifos de la Infancia. La vara, florecida, con paloma o sin ella en su cúspide, fue un recurso simbólico y apologético que en el fondo pretendía salvaguardar la virginidad en el matrimonio de la prácticamente niña María con el viejo José. En la forma se buscaba también el prodigio como argumento decisivo para forzar un matrimonio tan desigual, que ni él ni ella querían, pero imprescindible para el proyecto salvador en estas versiones apócrifas<sup>25</sup>.

La influencia del “Evangelio de la Natividad de María” o el llamado “Protoevangelio de Santiago” en la representación de los esposos, de la ceremonia imaginaria de los desposorios, en la literatura, y no sólo en la medieval, ha sido suficientemente estudiada en sus repercusiones josefinas. En esta ocasión, nos limitamos a señalar el acompañante legendario de las reliquias mencionadas del anillo santo y de la vara florida puesto que ambas se conjuntan en las representaciones de los desposorios.

En efecto, y relacionados con la reliquia de Perugia, la única generadora de arte, las tablas de los desposorios pintadas por el Perugino y por Rafael recrean y transmiten la boda en una composición más propia del siglo XV, de las ceremonias cristianas, que de las judías del tiempo de José. En presencia del sumo sacerdote, que ejerce de eje de simetría en el centro de la escena, José entrega a María el anillo.

José empuña en su mano izquierda la vara florecida, convertida ya en integrante indispensable de la iconografía apócrifa. Pero hacia lo que deseamos llamar la atención es hacia otro detalle casi miméticamente reproducido en las pinturas de Perugino y de Rafael: los jóvenes del cortejo del esposo, que están a la derecha del espectador en Rafael, a la izquierda en Perugino, aparecen con sus respectivas varas, pero bien secas. Es el trasunto directo de la narración apócrifa, convertida en fuente inspiradora para escritores, pintores, predicadores ya en el siglo XV. De las varas y de la paloma tratan con todo lujo de detalles los evangelios apócrifos del “Seudosantiago”, del “Seudomateo”<sup>26</sup>.

Sin embargo, ni escritores ni artistas dependen tanto de estos dos apócrifos cuanto del ya citado *Libro de la Natividad de María*, apócrifo de la Infancia el más usado, el más leído, hasta el extremo de que se atribuyó a san Jerónimo<sup>27</sup>, pero tal y como circuló desde el siglo IX aproximadamente y en su variedad del de Santiago. De todas formas, la versión tan divulgada lo fue por la sencilla razón de que se incorporó la narración en la *Leyenda dorada* atribuida a Vorágine, manuscrito primero y libro después el más leído y oído desde el siglo XIV. Allí se encontraba, en el día dedicado a la Natividad de Nuestra Señora toda la escenografía del singular desposorio, cuando, después de que los sacerdotes del templo en el que estaba, cual monja, la adolescente María, empeñada en no contraer matrimonio, recibieran el mandato divino que decía: “Todos los varones de la casa de David en edad de casarse y todavía solteros tomen sus bastones, acérquense al altar y pónganlos sobre la mesa de los sacrificios. Uno de los bastones florecerá, y, conforme a la profecía de Isafas, sobre la flor que surja en uno de sus extremos se posará el Espíritu Santo. El dueño del bastón privilegiado deberá casarse con la virginal doncella”. Entre los convocados (obsérvese que se dice que solteros, no viudos tal y como afirman

---

<sup>23</sup> *Il divoto di S. Giuseppe*, citamos por la edición de Venecia, 1716, pp. 130 y 134.

<sup>24</sup> Angelo BATTISTON, a. c., pp. 86-87. JOSÉ DE JESÚS MARÍA, « Ambiente histórico de la devoción y el culto josefinos en el renacimiento », en *Estudios Josefinos* 31 (1977), p. 46; Joseph SEITZ, o. c., 187; G.-G. TROMBELLI, o. c., pp. 283-284.

<sup>25</sup> Síntesis de los datos apócrifos: José María CANAL, “San José en los apócrifos del Nuevo Testamento”, en *Estudios Josefinos* 20 (1971), pp. 123-149.

<sup>26</sup> Cfr. edición de Aurelio de SANTOS OTERO, *Los Evangelios apócrifos*, décima edición, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1999, pp. 146, 192-193.

<sup>27</sup> Migne, PL, 30, 297-305.

otros apócrifos), está José, viejo, de edad avanzada, que ni siquiera entregó su cayado. Como en el primer intento ninguno floreció, de nuevo la voz del Señor se impuso: “Ese que no ha colocado su bastón sobre la mesa es el que está predestinado para casarse con la doncella”. Entonces José, sintiéndose tan directamente aludido, “puso su cayado sobre el ara de los sacrificios e inmediatamente el cayado se irguió, floreció y todos vieron cómo una paloma descendía de lo alto y se posaba sobre la flor recién surgida en el extremo superior de la vara. De ese modo Dios manifestó públicamente que José, de quien era el bastón florecido, era el elegido por él para que se casara con la Virgen”<sup>28</sup>.

Todo esto es sobradamente conocido, y no hay por qué insistir más en el permanente influjo apócrifo en la imagen medieval de José. Por su carácter legendario, sin embargo, conviene acentuar lo que en estas representaciones puede ser, y de hecho así es, anecdótico. Podrá, en efecto, observarse cómo, tanto en la representación magistral de Rafael como en la no menos hermosa de Perugino, dentro del grupo cortejante del esposo aparece un personaje mucho más joven que José y que con gesto de enfado llamativo y con violencia está rompiendo su vara seca como protesta por no haber sido él el elegido por marido de María.

El enfado del defraudado pretendiente no es novedad, ni mucho menos, de Perugino ni de Rafael. Como no lo es la referencia al santo anillo. El mismo gesto ha sido expresado ya desde siglos antes, y puede observarse la ruptura de la vara seca en las representaciones de los desposorios de Giotto (Capilla de los Scrovegni de Padua), en su discípulo Tadeo Gaddi (Santa Cruz, Florencia), en el retablo de la catedral vieja de Salamanca por el maestro Nicolás Florentino, o en el retablo aragonés de Tardienta a mediados del siglo XV, o, a principio del mismo siglo en el que pintaba para Morunys Pedro Serra.

Aducimos estas muestras, que no son las únicas existentes ni mucho menos, para hacer notar que la del joven y decepcionado pretendiente de María al menos desde el siglo XIV es una presencia reproducida en la visión iconográfica gótica y renacentista de los desposorios<sup>29</sup>.

Pues bien; partiendo del fondo viejotestamentario y aaronítico de la vara y de su traducción apócrifa, la imaginaria medieval lleva a identificar al joven decepcionado nada menos que con Agabo, de sangre real, dicen algunos, el profeta que en el libro de los *Hechos de los apóstoles* 11, 28 y 21, 10-12 se dice haber profetizado desgracias colectivas futuras y de Pablo. Lo apunta todo, de forma muy sintética, Antonio José de Pastrana en su libro prolijo sobre el santo Patriarca a finales del siglo XVII: “El Cartujano, en la vida de mi señora santa Ana, dice que uno de los que pretendían desposarse con la santísima Virgen fue Agabo; y que de tal suerte la deseaba, que intentó por vía de nigromancia, en que era muy versado, alguna extraordinaria señal; y como no alcanzó tan buena dicha, hizo voto de castidad y se retiró al Monte Carmelo, donde vivió santísimamente. Y es el profeta Agabo, de quien hace mención san Lucas en los Actos Apostólicos, capítulos 10 y 28, y el Martirologio Romano lo pone a 23 (sic) de febrero”<sup>30</sup>.

La historia de Agabo se generalizó aún más cuando fue incorporada a las polémicas y a las leyendas carmelitanas cuyo objetivo era el probar los orígenes elianos de la orden al mismo tiempo que el marianismo cordial de quienes tuvieron que defender por todos los medios su primer título de identidad colectiva, el nombre primitivo de “Orden de hermanos de la Bienaventurada Virgen María”. Para afianzar la historia imaginada, que sería tan vapuleada por críticos como los Bolandistas, venía muy bien la identificación del profeta Agabo, inventado pretendiente de María, monje después con los hijos de los profetas en el Monte Carmelo, profeta él mismo enamorado de la Virgen, con el personaje profético de los *Hechos de los apóstoles*. El hacerse monje le vino por el deseo de hacer penitencia por

---

<sup>28</sup> Tomamos este texto de Santiago de la VORÁGINE, *La leyenda dorada*, edic. de fray José Manuel MACÍAS, II, Madrid, Alianza, 1982, pp. 569-570. La versión anterior del Apócrifo de la *Natividad de Nuestra Señora*, en la ed. citada de Aurelio de SANTOS OTERO, pp. 247-248.

<sup>29</sup> Miguel Ángel GARCÍA GUINEA, “Los desposorios de san José en el arte”, en *Estudios Josefinos* 9 (1955), pp. 38-59; Joseph SEITZ, o. c., pp. 175-184; Franco VERRI, “Iconografia di S. Giuseppe nell’arte medievale veneta”, en *Estudios Josefinos* 25 (1971), pp. 723-734; Marco PICCAT, “Iconografie tardo-gotiche e rinascimentali di S. Giuseppe nell’Italia noroccidentale”, en *Estudios Josefinos* 31 (1977), pp. 763-785; Juan Luis RODRÍGUEZ, “San José en el arte del Renacimiento español”, en *Estudios Josefinos* 31 (1977), pp. 799-817.

<sup>30</sup> El Martirologio lo pone el 13, no el 23, de febrero. Antonio José de PASTRANA, O. P., *Empeños del poder y amor de Dios en la admirable y prodigiosa vida del Santísimo Patriarca Joseph, esposo de la Madre de Dios*, Madrid, 1696, p. 146.

la vida depravada que llevó a consecuencia y después del fracaso de las varas. Esta vida de penitente, es decir, de carmelita, le condujo a la conversión a Cristo, a bautizar él a los otros carmelitas. Y, ya en esta acumulación ingenua, intencionada y encantadora de fantasías de enamorado, tuvo el gesto de erigir allí, en el Monte Carmelo, un templo a la Virgen que aún vivía.

Toda esta novelada secuencia de invenciones se celebraba y se transmitía por los carmelitas como parte de su adoctrinamiento, de su patrimonio espiritual mariano y de su orgullo familiar a finales de la Edad Media. A divulgarlo contribuían humanistas tan autorizados como el respetado, hasta por Lutero, Bautista Mantuano en su poema *Partenicæ marianæ* (1488) muy leído: “Fuese Agabo a los padres del Monte Carmelo (en los cuales estaba entonces el instituto de la vida solitaria) para alcanzar remedio de sus pasiones y costumbres, y luego que entró en lo sosegado del Monte y por aquellas selvas de tanto silencio, fuese por lo secreto del Monte, y admirado del celestial modo de vivir de aquellos varones, cobró un ferviente amor del cielo y aborrecimiento de su mala vida, y se quedó en aquel Monte. Y pasado algún tiempo, aprendió con el gran Pablo los misterios de la fe y fue de los primeros que edificaron a nuestra Señora el oratorio y bautizó en el Jordán a sus compañeros cuando san Juan Bautista comenzó a predicar. A éste llama san Lucas Agabo, el cual fue profeta”<sup>31</sup>.

Para que no quedase nada por inventar, hasta en general de aquella orden religiosa y singular del Monte Carmelo se convirtió al profeta Agabo. Trombelli, sin comprometerse, resume bien el final de este proceso fantástico al aducir aquellos autores que dicen “que entre los que concurrieron a las bodas de María Virgen estaba aquel Agabo profeta mentado por san Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, el cual, desilusionado en sus esperanzas, se refugió entre los carmelitas y con ellos llevó una vida tan santísima, que fue promovido al grado del generalato, y, colocado en esta dignidad, erigió una capilla, muy frecuentada, en honor de María todavía en vida”<sup>32</sup>.

El legendario carmelitano fue enriqueciendo todas estas ensoñaciones con Agabo como protagonista: su convivencia entre los hijos de los profetas, con los esenios, el bautismo de los carmelitas y, sobre todo y con tantos detalles, la edificación del templo en honor de la Virgen María en vida<sup>33</sup>. Es más que comprensible, por tanto, que Agabo fuera incluido entre los santos antiguos en el martirologio carmelitano<sup>34</sup>. Y también es lógico que exegetas serios negaran tanta invención, como hace Calmet: “No hago ningún caso, escribe, a la representación que nuestros pintores, fundados en no sé qué tradiciones, hacen del profeta Agabo en los desposorios de Virgen, rompiendo su bastón como reacción de despecho por no haber podido tenerla por esposa y que se haría carmelita”<sup>35</sup>.

### *Reliquias del vestuario de san José*

Entre las reliquias “santificadas”, las también estereotipadas que procederían del vestuario de José tampoco son numerosas. Más bien fueron siempre escasas. Ya hemos aludido a las sandalias de san José (que parecían, y se dijo, ser más bien del Niño Jesús por lo pequeñas) que con algunos restos de pañales de Belén se exhibían en la inagotable catedral de Aquisgrán. Se hablaba de que había sido llevado de Jerusalén y donado todo por Carlomagno. Fueron las que dieron pábulo a las críticas erasmistas y calvinistas ya aludidas.

---

<sup>31</sup> La traducción es de Tomás de Jesús, uno de los carmelitas descalzos primitivos insignes, en *Libro de la antigüedad y santos de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, y de los especiales privilegios de su Cofradía*, Salamanca, 1599, pp. 163-164. El padre Tomás de Jesús escribía todo esto desde el Desierto del Monte de San José de las Batuecas para probar la vocación eremita de los carmelitas descalzos.

<sup>32</sup> TROMBELLI, *o. c.*, p. 42.

<sup>33</sup> Cfr., por ejemplo, la obra más documentada y que incluye todos los materiales y tradiciones de la orden carmelitana: DANIEL A VIRGINE MARIA, *Speculum carmelitanum, sive Historia Eliani Ordinis Fratrum Beatissimæ Virginia Mariae de Monte Carmelo, in qua a S. Propheta Elia origo, per filios prophetarum propagatio, per essenos, eremitas et monachos diffusio et continuata successio ex vetustis fideque dignis auctoribus exponuntur*, I, Amberes, 1680, p. 225.

<sup>34</sup> Que, como hemos dicho, lo celebraba el 13 de febrero. *Id.*, *o. c.*, II/1, pp. 851-852. Versión más reciente: FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS, *El Monte Carmelo*, Madrid, 1924, p. 78.

<sup>35</sup> Augustin CALMET, *Commentaire littéral sur tous les livres de l'Ancien et du Nouvaeu Testament*, t. VII, Paris, 1726, p. 414.

Tuvo más éxito el *cinturón del Santo*, de acuerdo con la tipología reliquiaria medieval: se transmitía la idea de que había sido tejido por la Virgen y traído a Francia después de la primera cruzada de san Luis. Regalado por el rey, lo había depositado el leal compañero y cruzado, el Señor de Joinville, hacia 1254, en la capilla de su castillo. Más tarde, y una vez salvada de la destrucción y del pillaje de los franceses revolucionarios por aquellas fechas agitadas de 1792, en el siglo XIX sería trasladada a la iglesia de Notre Dame en la misma ciudad de Joinville. De este cinturón (que mide un metro de largo y 10 cm de ancho) fueron extraídas varias partículas en conformidad también con los usos y costumbres relacionados con las reliquias en general. Se sigue venerando, pero de forma mucho más modesta que la de Perugia<sup>36</sup>.

Más aceptación, y más reproches críticos, y más defensas devotas parece haber tenido otra reliquia josefina: *la capa de san José*. Para darle más emoción, la piedad decía que era la capa con la que María y él, sin otras ropas con que abrigarle, envolvieron al Niño recién nacido en Belén. De orígenes desconocidos como todas las reliquias josefinas, se conservaba, quizá en cada una de sus partes, en las iglesias romanas de Santa Cecilia y Santa Anastasia. Debió de ser la reliquia más repartida y, por supuesto, la venerada en más lugares que disfrutaron de su presencia. Los mismos Bolandistas, en las citadas *Acta Sanctorum*, y después de ellos cuantos les copiaron, llaman la atención sobre “la partícula nada despreciable que de la capa se conserva en los carmelitas descalzos de Amberes asegurada en el arca de tres llaves, y que con clamorosa devoción popular se daba a venerar en las fiestas de Navidad”<sup>37</sup>.

Precisamente esta presencia de la partícula de Amberes manifiesta, si es que ello no fuera una evidencia en aquella religiosidad, la capacidad multiplicadora de las reliquias a partir de la que se creía principal. El trozo de Amberes procedía de la capa de Santa Anastasia de Roma y había llegado al convento de los carmelitas descalzos, devotísimos de san José, después de trámites e influencias necesarios en estos casos, a mediados del siglo XVII. De la de Amberes se extrajeron otras partículas para los conventos teresianos de Gante, Bruselas, Lovaina, Lieja, Brujas, Malinas, Courtrai, Aviñón, París<sup>38</sup>.

En una de tales multiplicaciones, un corte del manto de Roma llegó a Madrid a finales del siglo XVIII, en plena Ilustración española. Lo llevaba un particular con todo el aparato de auténticas y con la pretensión de que se expusiera al culto público en alguna iglesia madrileña. La polémica que se trabó con este motivo dio origen a una obra interesante escrita por el párroco de San Ginés de la capital, Francisco Couque<sup>39</sup>. Se percibe en ella la mentalidad ilustrada de quien se formara en el también ilustrado (mejor que jansenista) seminario murciano de San Fulgencio.

No negaba Couque el hecho ni la veneración de las reliquias. Incluso admite la legitimidad de algunas bastante inverosímiles, pero requiere pruebas, autenticidades que no sean sólo la auténtica, es decir, se atiene a las exigencias de la nueva historiografía. Se adhería a una de las obras más reeditadas y traducida del francés al resto de los idiomas, *El Gran Diccionario Histórico* de Moreri, tan socorrido por los ilustrados españoles desde que se tradujera en 1753<sup>40</sup>. En él, a propósito de esta y de otras reliquias de san José, podía leerse: “Puede colocarse en el número de las cosas que no son conocidas y totalmente inciertas lo que se ha publicado de las reliquias de San Joseph y de su sepulcro, que no

---

<sup>3636</sup> Defensa y documentación de esta reliquia: *De la vraye et véritable ceinture de Saint Joseph conservée chèrement en l'église Notre-Dame de Joinville-sur-Marne (Haut-Marne) aun diocèse de Langres*, Haute Marne, 1872.

<sup>37</sup> *Acta Sanctorum*, p. 16.

<sup>38</sup> Datos más precisos en LEÓN DE SAN JOAQUÍN, *El culto de San José y la Orden del Carmen*, trad. esp. Barcelona, 1905, pp. 201-202. Quizá de otro corte de aquellas capas de Roma derivara el pedazo de vestido de san José que, como dice Patrignani (*o. c.*, p. 134), se conservaba en los carmelitas descalzos de Florencia en el siglo XVIII.

<sup>39</sup> *Disertación teológico-canónica, en la que se trata de las reliquias de los santos y de las condiciones necesarias para que puedan exponerse a la pública veneración, con lo demás que contiene el título de ella, que principia folio 118. Precede la siguiente apología del dictamen que dio el autor hablando sobre la incertidumbre de la capa del patriarca san Joseph, y por consiguiente de las reliquias cortadas de ella. Su autor: el Doctor Don Francisco Couque, cura párroco de la de San Ginés de Madrid y de las de San Luis y San Joseph, sus anexos*, Madrid, Jerónimo Ortega, 1798.

<sup>40</sup> Este gran diccionario enciclopédico fue publicado en el siglo XVII por su autor Louis Moreri (1643-1680), y, tras muchas ampliaciones, fue vertido al español por José de Miravel y Casadevante, Lyon, 1753. El reaccionarismo lo miró siempre con mucho recelo.

comenzó a mostrarse en el Valle de Josafat sino en siglos posteriores<sup>41</sup>. Tampoco se ve lugar que se alabe de poseer parte alguna de su cuerpo, lo que ha dado motivo a algunos a decir que había resucitado; y otros se vanaglorian de poseer solamente algunas alhajas que se cree pudieron haberle servido, como su anillo del desposorio, venerado en Perusa, en Semeur y otras partes, el báculo y su capa. Pero todo esto, sin seguridad alguna específica”<sup>42</sup>.

El cura ilustrado rechaza la idea de exponer al culto público una reliquia incierta, que puede resultar hasta ridícula, y lo rechaza no sólo con argumentos históricos sino también por razones de seriedad, por exigencias de la dignidad de María y de José.

Porque a la reliquia de la capa o del manto iba unido el aliciente de haber sido en ella o en él envuelto el Niño Jesús recién nacido ya que ni su padre ni su madre tenían preparado algo para el trance o por pobreza o por descuido. De la pobreza de la Sagrada Familia trata con enojo contra quienes la defienden haciendo de José y de María una especie de mendigos, lo cual no iba con el modo de ver los ilustrados a los pobres: “Los padres de Cristo Señor Nuestro, aunque no fuesen ricos, no eran pobres pordioseros o mendigos que anduviesen diariamente pidiendo limosna, como hacen algunos holgazanes que teniendo o pudiendo aplicarse a un oficio, quieren más vivir de la mendicidad que del trabajo y del sudor de su rostro. San Joseph tenía su oficio honrado a que estaba aplicado”. Y atribuir el recurso a la capa de José a la necesidad de suplir olvidos de los padres, “esto sería atribuir a la madre de Dios un descuido o flojedad nada decorosa. Fue, pues, la Señora prevenida con los paños, fajas y demás necesario para envolver al Niño Dios sin necesitar para ello el velo de su cabeza, y esto es lo que dice el Padre Sebastián Barradas”<sup>43</sup>.

## Conclusión

Con esta crítica ilustrada cerramos este breve trabajo, que se iniciaba con las otras críticas, las erasmianas y reformadoras. Puede verse, en conclusión, cómo san José tampoco tuvo demasiada fortuna en una de las expresiones más habladoras de la devoción a los santos. Mas tampoco careció por completo de esta referencia ni de otros signos de veneración, como las leyendas, en el largo tiempo en que realidad y fantasía no tenían claramente delimitadas sus fronteras y durante el que tanto se valoraba el producto de la imaginación como la realidad.

---

<sup>41</sup> No era sólo opinión de Morera la que se refiere al sepulcro de José en el Valle de Josafat. Puede verse, por citar a alguien, la crítica negativa radical de Calmet, *o. c.*, p. 417.

<sup>42</sup> Lo transcribe Francisco COUQUE, *o. c.*, p. 176.

<sup>43</sup> Francisco COUQUE, *o. c.*, p. 160. Más detenidamente estudiado todo en el artículo de JOSÉ DE JESÚS MARÍA, “La devoción a san José en la Ilustración española”, en *Estudios Josefinos* 45 (1991), pp. 437-449.